
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

Lección 29:

Moisés y la zarza ardiente

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 29

MOISÉS Y LA ZARZA ARDIENTE

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 29

Bienvenidos a «Moisés y la zarza ardiente», lección número 29 de nuestra serie sobre la Historia de la Biblia del Antiguo Testamento.

En nuestra última lección recorrimos 400 años de historia. En los siguientes capítulos vamos a ir un poco más lento. Veremos solo lo que sucede en el periodo de un año. Para la lección de hoy abre tu Biblia en Éxodo capítulos 3 y 4.

Por favor, permíteme comenzar haciéndote unas preguntas:

¿Cuáles son los dones que Dios te ha dado? ¿Te gusta dibujar, pintar, hacer arte? ¿O qué tal la música, hacer música? ¿Tal vez explorar la naturaleza sea algo que disfrutes! ¿O tal vez trabajar y hacer algo con las manos?

Es bueno recordar que Dios te ha hecho precisamente de la manera que él quería, con las habilidades que necesitas para glorificarlo. Es bueno recordar dar gracias a Dios por las habilidades con las que nos ha bendecido. Descubrirás en esta historia cómo Moisés se queja de las habilidades que Dios le ha dado.

Mi segunda pregunta es breve: ¿Cuál es la diferencia entre un esclavo y un hijo?

Pueden parecer iguales, pero tienen un futuro muy diferente. Uno, solo conoce el cautiverio de ser un esclavo. El otro solo conoce la libertad de ser un hijo. En esta historia, fíjate si puedes encontrar el momento en que el esclavo se convierte en hijo.

Moisés ha estado cuidando las ovejas en Madián durante cuarenta años. Pero hoy será un día diferente. El sol brilla, iluminando las montañas, y una ligera brisa mueve los arbustos. Y de repente, Moisés detiene el rebaño de ovejas porque ¡mira, justo allí! a un costado de Moisés, se ve un fuego abrasador que ha rodeado por completo una zarza seca.

Sin embargo, el fuego arde, pero la zarza no se quema, ni se daña. Moisés se acerca para verlo mejor. Y el ángel del Señor se le apareció en ese fuego a Moisés y lo llama: «¡Moisés, Moisés!» Sabiendo que Dios fue le quien habló desde esta abrasadora

llama de fuego, Moisés responde: «Heme aquí». Dios le habla de nuevo: «No te acerques más, Moisés; quítate el calzado, porque el lugar donde estás tierra santa es. Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob».

Moisés se queda atónito. Se quita las sandalias, y esconde su rostro en su manto, temeroso de contemplar esta majestuosa vista. Dios continúa: «Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, he oído el clamor, y conozco sus dolores. He venido a salvarlos, y a llevarlos a la Tierra Prometida».

¡El corazón de Moisés se estremece al oír esta alegre noticia! Pero tiembla ante el siguiente anuncio de Dios de que sería él, Moisés, el siervo de Dios para conducir a esta nación a la libertad. Oh, Moisés debe ser el que vaya a Faraón para decirle que deje ir a los israelitas. Moisés no fue tan rápido para obedecer. Escucha las cinco excusas o preguntas que tiene Moisés.

Primera, «Señor», dijo él, con su voz temblando. «No puedo hacerlo. ¿Quién soy yo?». Pues bien, el Señor viene a él con una maravillosa promesa: «¡Moisés, no olvides que yo estaré contigo, yo te ayudaré!».

Segunda, Moisés pregunta: «¿Quién es usted?, porque la gente me preguntará quién me envió. ¿y qué les diré?». El Señor responde dando un nombre muy especial. Le dice: «YO SOY EL QUE SOY». «Yo soy Yahvé. Yo seré quien seré. Pero también seré quien fui». Dios se llama a sí mismo por lo que es, y por lo que es se llama a sí mismo. «Diles que Yahvé te ha enviado». Este nombre «Yahvé», es el nombre personal de Dios, y nos da una idea de su naturaleza eterna e inmutable.

Pero también nos da una idea de la relación de Dios con su pueblo. Si lees Juan 8:58 verás que el Señor Jesús se identifica a sí mismo como este mismo Dios eterno: «De cierto, de cierto» – él dice – «antes que Abraham fuera, yo soy».

Dios continúa exhortando a Moisés: «Ahora ve a los ancianos de Israel, y diles que has oído de mí, Yahvé, que yo los libraré de la esclavitud, y los llevaré a una tierra que fluye leche y miel. Ellos te creerán, Moisés». A Moisés también se le advierte que será imposible convencer a Faraón para que los deje ir.

La siguiente pregunta de Moisés es: «¿Y qué pasa si no me creen?» El Señor es paciente con Moisés y le da 3 señales para mostrar al pueblo como prueba de que Dios ciertamente se le apareció, y lo ha enviado.

Él le dice: «Moisés, ¿qué es eso que tienes en tu mano?». «Esa es mi vara de pastor», responde Moisés, refiriéndose al palo largo que llevan los pastores. «Échala en tierra» es el mandato de Dios. Cuando Moisés hace eso, la vara se convierte en una serpiente

venenosa. ¡Moisés está aterrado!, pero cuando la agarra por la cola, se convierte en una vara, de nuevo.

Luego, se le dice a Moisés que meta su mano dentro de su manto. ¡Y cuando saca su mano, está cubierto de llagas! Moisés vuelve a meter su mano dentro de su manto, y su mano queda completamente sana. «Y si ellos aun no creyeren, tomarás un poco de agua del Nilo, la derramarás sobre la tierra, y se convertirá en sangre». «Así creerán en estas señales», es la promesa de Dios.

Moisés continúa protestando con una cuarta razón: «Realmente, no soy bueno hablando, ¡siempre ha sido difícil para mí!»

La respuesta misericordiosa de Dios es en forma de pregunta: «Moisés, ¿quién te dio esa boca?». ¿Ahora ves por qué no deberíamos quejarnos de los talentos que tenemos? Dios nos los ha dado. Dios le asegura a Moisés que él le enseñará a Moisés lo que debe decir. ¡Qué increíble promesa de ayuda!

Por cierto, se promete que Jesucristo sería como Moisés, ¡solo que más grande que él! En Deuteronomio 18:18, se promete acerca de Cristo las mismas cosas que fueron ciertas de Moisés.

Finalmente, Moisés da una quinta razón que muestra que él simplemente no estaba dispuesto en absoluto a hacer este trabajo. «Señor», él dice, «por favor, envía a alguien más». Dios le promete a Moisés que su hermano Aarón hará el trabajo junto a él. Moisés le diría a Aarón lo que tendría que decir, y Aarón se lo diría al pueblo de Israel. Los dos harían el trabajo juntos.

Permítanme mencionar nuevamente lo que dije en nuestra última lección, que Moisés es una imagen, un retrato de lo que Cristo haría de manera más perfecta en el futuro. Moisés fue llamado ahora para liberar al pueblo de Dios de Faraón. Parecía estar bastante reacio y resistiéndose a este llamado.

Pero, consideremos la actitud del Señor Jesús hacia su propia misión divina. El salmista canta al respecto en el Salmo 40:8: «El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agrado, y tu ley está en medio de mi [corazón]» ¡Jesús estaba muy dispuesto a hacer lo que Dios le llamara a hacer!

Después de recibir el permiso de Jetro para partir, Moisés toma a Séfora y a sus dos hijos, Gerson y Eliezer, y parte hacia Egipto. Se asegura de llevar consigo la vara de los pastores. Este será un símbolo de la autoridad de Dios. En el Éxodo 4:20, se le llama «la vara de Dios».

En el verso 19, vemos que Moisés, en una misión divina hacia Egipto, es animado con la noticia de que «han muerto todos los hombres que buscaban tu vida». Casi las mismas palabras fueron dichas por el ángel del Señor en Mateo 2:20. Verás, los enemigos buscaban matar al niño Jesús cuando José y María huyeron a Egipto en busca de refugio. Cuando llegó el momento de regresar a Israel, ellos fueron animados por un ángel del Señor, diciéndoles que «están muertos los que procuraban la muerte del niño».

En el camino a Egipto, Moisés recibe instrucciones más claras de Dios sobre lo que debe decir. Mira el verso 22: «Así ha dicho [el Señor]», así es como él debe empezar a hablar. Él viene en el nombre «del gran Yahvé».

Además, se le ordena que diga a Faraón: «Israel es mi hijo primogénito. Y te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva. Si te niegas a dejarlo ir, he aquí yo voy a matar a tu primogénito». Esto es algo nuevo y especial aquí. Este lenguaje de ser «un hijo» es nuevo.

Un poco más adelante, leemos en el verso 24 que Dios trató de matar a Moisés. Ahora bien, esto puede parecer extraño si uno piensa que Dios está tratando de matar al mismo que él acaba de designar como mensajero. Pero, desde el punto de vista de Moisés, parecía que iba a morir porque estaba experimentando la ira de Dios sobre él.

Verás, Moisés había pecado por no circuncidar a su hijo. Séfora realiza la circuncisión, y la ira de Dios es aplacada. Si Moisés iba a liderar al pueblo del pacto, entonces él mismo necesitaba guardar el pacto, asegurándose de que sus hijos fueran circuncidados.

Después de encontrarse con Aarón, Moisés es bien recibido por los líderes de Israel en Egipto. Ellos creyeron todo lo que él les dijo y les mostró, tal como Dios lo había prometido. Cuando se enteran de la buena voluntad de Dios para con ellos, ¡los líderes de Israel inclinan la cabeza, y adoran a Dios!

Esto nos lleva al final de la historia. Pero tal vez te preguntes: «Bueno, ¿y qué importancia tiene esto para mí hoy?» Esto es importante para nosotros hoy porque esta historia nos ayuda a entender cómo Dios continúa obrando, hoy también.

Me gustaría hacer una pausa por un momento, y analizar solo dos cosas contigo. Primero, de la zarza ardiente podemos aprender acerca de quién es Dios; es decir, Yahvé o Jehová. Segundo, también podemos aprender acerca de lo que Dios hace. Él es un Dios que salva.

Entonces, primero volvamos a la zarza ardiente. Ahí está, ardiendo, pero no dañada. El fuego continúa, rodeando completamente la zarza, ¡pero la zarza no se quema en

absoluto! Recordemos que el fuego es, a menudo, un símbolo que se usa para representar la presencia de la divina majestad de Dios.

Además, observa que el fuego arde por sí mismo, sin necesidad de combustible. Eso nos recuerda que Dios es eterno, y no necesita nada fuera de sí mismo. Él siempre ha existido, y no necesita comida ni bebida como nosotros. Dios no depende de otros para vivir. Nosotros le debemos nuestra vida a Dios, pero Dios existe por sí mismo.

Por lo tanto, Dios es eterno, y Dios también es santo. Sabemos eso porque a Moisés se le dijo «que se quitara el calzado». Esta tierra no era tierra común como por donde caminan las ovejas, sino que era «tierra santa». Ahora bien, era la misma tierra, pero fue santificada porque el Majestuoso Dios estaba allí.

Creo que esta es la primera conexión de la palabra «santo» con Dios. Así que, detengámonos un momento aquí. ¿Qué significa ser santo? Bueno, Dios es santo. Y Dios es el único que es perfectamente santo.

Sabes que Dios es perfectamente justo, ¿verdad? Bueno, ¡eso es parte de su santidad! Dios es una persona diferente a nosotros. Dios está separado. Eso es lo que significa santo: Separado, apartado. Él es el Dios Divino; y nosotros, humanos. Dios es el Creador; y nosotros, la criatura. En 1º Samuel 2:2, lo deja muy claro: «No hay santo como Jehová».

Entonces, ¿entiendes ahora por qué Moisés no pudo acercarse más? Moisés está en la presencia del Santo, y siente su falta de santidad. Moisés aparta la mirada oculta su rostro. Es necesario que haya separación entre lo santo y lo profano; entre lo divino y lo humano. Este es un punto muy importante: Sólo los santos pueden sobrevivir en la presencia de Dios. ¡Por eso, este evento es muy importante para nosotros hoy!

¿Cómo es que, tú y yo, podemos sobrevivir ante un Dios santo? La única manera es siendo santos. Pero no lo somos... ¡somos impíos! Pero, hay una maravillosa solución: La obra del Señor Jesucristo es convertir a pecadores impíos en santos. ¡Él es nuestra santidad! ¡Él es capaz de tomar a pecadores impíos y presentarlos: «Santos, sin mancha e irreprochables delante de Dios»! Puedes ver eso en Colosenses 1:22. ¿Es algo que te interese? ¿ser hecho santo? ¡Solo podrás encontrarlo en el Señor Jesús!

Segundo, veamos un poco lo que Dios hace en esta historia. Aprendemos que Dios es un Dios que salva. Él es un Dios Salvador. ¿Qué tenía que decirle Moisés al Faraón? El mensaje era que «Faraón debía dejarlos ir por tres días para adorar a su Dios». A Moisés se le ordenó en Éxodo 4:22-23 que le dijera a Faraón: «Israel es mi hijo, mi primogénito... deja ir a mi hijo para que me sirva». Si Faraón se negaba, existía la amenaza de que el hijo primogénito de Farón sería asesinado.

Así que, esta historia ahora se ve a la luz del amor de un padre por su hijo. Faraón los odiaba como esclavos, pero Dios los amaba como a un hijo. Moisés iba a llamar a este hijo Israel que salga de Egipto. Pero, ¿sabías que Jesús también es el Hijo de Dios llamado a salir de Egipto? En Mateo 2:15, aprendemos que el Señor Jesús pasó un tiempo en Egipto para que se cumpliera una profecía. Y la profecía era: «de Egipto llamé a mi hijo».

Entonces, sí, eso es lo que Dios hace. Él es un Dios que salva. Él los salva de Egipto. Él también los salva para ir hacia la Tierra Prometida. Eso significa que esta historia es muy importante para nosotros hoy. Porque no es sólo una historia de cómo Dios salvó entonces, sino que es una historia de cómo Dios salva ahora.

Israel fue rescatado de la esclavitud en Egipto, y llevado a la libertad en la Tierra Prometida. Ser salvo puede ser representado como ser llevado de la esclavitud a la libertad. ¡Esa es la obra de Cristo! Él convierte a esclavos cautivos en hijos libres.

Los pecadores no sólo son salvos del pecado y del infierno, sino que también son salvos para algo más. ¡Son salvos para vivir con Dios por siempre!

Aquellos que tienen fe en Cristo son llamados hijos de Dios. Los pecadores serán transformados a la imagen del Hijo de Dios, y por eso Jesús es llamado «el primogénito entre muchos hermanos». ¡Todos ellos se parecerán a él! Permítanme probar eso con la Biblia, en Gálatas 3:26: «Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús»

Esto nos lleva al final de nuestra lección sobre «Moisés y la zarza ardiente». Hemos aprendido acerca de Moisés en la zarza ardiente. Hemos aprendido acerca de Dios como santo, como eterno. Hemos aprendido de él como un Dios que salva.

En nuestra próxima lección, escucharemos cuando Moisés va al Faraón para decirle: «¡Deja ir a mi pueblo!»